

Etapas del desarrollo capitalista en Argentina */

La sociedad Argentina está organizada sobre la base de las relaciones capitalistas de producción. En el capitalismo, una parte minoritaria de la población detenta la propiedad sobre los medios de producción (fábricas, tierra cosechable, etc.) y otra parte, mayoritaria y desposeída, debe trabajar para vivir. La clase propietaria, llamada también **burguesía**, deduce del producto total generado por los trabajadores los ingresos que requiere para invertir y ampliar su capital (acumulación) y para solventar su propio consumo. Los trabajadores consumen la totalidad de sus ingresos salariales.

Pese a su unidad de intereses frente a los trabajadores, la burguesía puede presentar disidencias internas frente a cuestiones políticas y económicas concretas. Por ejemplo; la burguesía industrial puede propender a una política cambiaria contraria a los intereses de la burguesía agraria, como ocurre en la actualidad con las retenciones a las exportaciones de granos. Además, existe una tendencia natural en el capitalismo a la **concentración** del capital, esto es; al aumento del tamaño medio de los capitales. Esto implica que la evolución del sistema (el progreso tecnológico) tiende (a través de la competencia) a poner en desventaja a los capitales pequeños con respecto a los grandes (**gran burguesía**).

El capitalismo es un sistema mundial; las naciones se encuentran incluidas en él a través del comercio mundial y de los flujos internacionales de capital (de préstamo e inversión). Este sistema presenta una estructura claramente jerárquica compuesta, a grandes rasgos, por dos clases de países.

Los **países desarrollados** son los que se industrializaron durante el siglo XIX; tienen elevada productividad laboral e ingresos per cápita, lideran el proceso de cambio tecnológico y por lo tanto acaparan la mayor parte del comercio internacional de productos industriales complejos. Constituyen el núcleo de la acumulación de capital a escala global y son por lo tanto la principal fuente (actualmente, también el principal destino) de inversión y crédito internacional. Esta supremacía económica les confiere también capacidad de dominación política y militar (y viceversa).

Los **países periféricos** son aquellos que se industrializaron tardíamente y en los que la acumulación depende de la tecnología, el capital y los mercados de los países desarrollados. Por su inferioridad competitiva estas naciones son también, en general, políticamente dependientes de los países más avanzados. La dominación social de la burguesía en las sociedades periféricas refleja el carácter dependiente que allí adquiere el capitalismo; el empresariado local comparte la apropiación del producto del trabajo local con el capital extranjero.

El análisis de la evolución de la economía argentina puede ser abordado desde dos puntos de vista. El primero es el análisis de "largo plazo" que orienta su atención hacia los cambios que la economía experimenta en los siguientes tres aspectos;

- la forma de articulación predominante con el sistema económico mundial
- las principales actividades económicas y por ende los sectores sociales que protagonizan el proceso de acumulación y el conflicto social
- la intensidad del proceso de acumulación de capital

En otras palabras, cada una de estas etapas corresponde a un período determinado de la economía mundial y a una forma específica de articulación entre el proceso local de acumulación y dicho sistema. Los cambios de etapa pueden estar vinculados, por consiguiente, con modificaciones en el

*/ Este documento fue elaborado por los siguientes estudiantes avanzados y docentes del departamento de economía: Andrieu J, Bonino N, Brufman L, Burachik G, Cabanne C, Cantamutto F, Costantino A, Eberling A, Eliosoff J, Fainstein I, Fernández M, Giménez J, Marzioletti J, Martínez L, Migliorisi P, Pérez Artica R y Seitz N.

peso económico y político de las distintas fracciones internas de la burguesía, con alteraciones en las alianzas de fuerzas en el gobierno, en el papel del capital extranjero, etc. Por otra parte, las condiciones requeridas por la burguesía para llevar a cabo los negocios en que se basa la acumulación determinan, en cada fase, formas y grados específicos de confrontación con los trabajadores. Esto se debe, al menos en parte, a la evolución que van experimentando las formas de lucha, la conciencia y las organizaciones de los trabajadores. El éxito de la burguesía en la construcción de un régimen social y económico favorable a sus intereses y su capacidad para encontrar un sitio en el proceso de acumulación global (en competencia con los países avanzados y las otras naciones periféricas) determinan la intensidad alcanzada por el proceso local de acumulación.

El otro enfoque analítico, complementario del anterior, es el que se concentra en los cambios cíclicos que experimenta la economía;

- restricciones sociales y económicas que ponen un límite al crecimiento de la acumulación e inician por ello una fase de contracción,
- asimismo; factores que permiten revitalizar la acumulación cuando esta se halla en un bajo nivel,
- evolución de las ganancias empresarias y los salarios en las distintas fases del ciclo,
- papel del comercio exterior y de los préstamos e inversiones externas,
- papel de la política fiscal y monetaria

Naturalmente, ambos ángulos se encuentran vinculados entre sí ya que la naturaleza del ciclo económico se modifica en función de las transformaciones sociales y económicas de "largo plazo". Esto torna inviable todo estudio del ciclo que se base en una abstracción de los factores de largo plazo.

Este documento presenta una breve síntesis de la evolución de la economía argentina en el largo plazo. En función de los tres elementos básicos en los que se concentra esta perspectiva analítica (señalados más arriba), pueden reconocerse las siguientes etapas; la economía agropecuaria de exportación (1860/1930), la industrialización sustitutiva de importaciones (1930/1975) y la etapa iniciada en 1975/6 que podría denominarse "neoliberal". Se expone a continuación una breve síntesis de las principales características de cada etapa.

1. La economía agroexportadora

El desarrollo de las fuerzas productivas se aceleró en Argentina en el último cuarto del siglo XIX. El impulso básico provino del exterior; la expansión de la acumulación en los países industrializados de Europa Occidental elevó la demanda de productos agropecuarios que el país podía producir a costos sensiblemente más bajos que los de los productores marginales del mercado.

La clase dominante estaba conformada por los grandes propietarios terratenientes, los empresarios vinculados con el comercio exterior, la industria y las finanzas y los inversores extranjeros. Se fueron formando en aquellos años varios grupos capitalistas locales de naturaleza multisectorial.

El capital británico no sólo realizaba inversiones directas en el país en negocios vinculados directa o indirectamente con la actividad agroexportadora, además proporcionaba financiamiento a la inversión pública y privada, era el principal mercado de las exportaciones locales y el más importante proveedor de manufacturas. La vinculación y dependencia entre la burguesía local y la de la metrópoli eran, por lo tanto, muy estrechas; adquiría los productos primarios exportados por el país (que contribuían a abaratar el costo de reproducción de la fuerza de trabajo que explotaban) y

proporcionaba a cambio artículos industriales, tecnología y financiamiento (que se añadía al que generaba el proceso local de acumulación de capital).

En torno y bajo el impulso del principal foco de la acumulación (la producción agropecuaria para la exportación) fue ampliándose el margen para la actividad capitalista en la industria, el comercio, las finanzas y la construcción. El aumento de la demanda externa se traducía en aumentos de la demanda interna que eran atendidos mediante nuevas inversiones (locales y extranjeras) y la ampliación de la fuerza de trabajo explotada (abastecida sustancialmente por la inmigración). El desarrollo de las fuerzas productivas en este período fue muy significativo; nuevas tierras se incorporaron a la producción mientras que los rendimientos se elevaban en las parcelas ya explotadas, avanzaron rápidamente la urbanización, la industrialización y la construcción de la infraestructura básica.

La producción agropecuaria a costos más bajos que los vigentes en los mercados de destino daba lugar a una renta diferencial que fluía hacia la burguesía local a través "del mercado", es decir; a través de las transacciones de comercio exterior. Los empresarios locales pagaban a su turno los productos industriales (directamente en el caso de los insumos e indirectamente cuando formaban parte del consumo obrero) a costos internacionales. El libre cambio (aunque no incondicional) era por lo tanto la política más favorable a la burguesía; le permitía recibir el precio pleno de exportación y adquirir bienes industriales a su costo de producción. Una política más amplia de aranceles a la importación de productos industriales habría provocado el doble perjuicio de elevar los costos locales e importunar a los principales compradores externos de la producción agropecuaria.

Debido a la casi inexistente organización de la clase trabajadora, el aún escaso desarrollo de la clase media urbana y sus partidos políticos, la clase dominante local (en sociedad con el capital británico) ejercía un poder social, económico y político prácticamente indisputado y su control del aparato del Estado era absoluto. No tuvo por ello dificultades para aplicar las políticas que más convenían a la seguridad y expansión de sus negocios y a su sociedad política y económica con Gran Bretaña, esto es; el libre comercio, la libre entrada al capital extranjero (al que se beneficiaba con diversos incentivos), ni se vio obligada a realizar concesiones a las clases subalternas a través de subsidios u otras medidas redistributivas.

Con todo, este estado de cosas tendió a modificarse. Por un lado, los sectores subordinados se desarrollaban y organizaban políticamente. La estabilidad y capacidad de acción de un Estado que reposaba enteramente en el poder económico y militar del empresariado (el llamado Estado Oligárquico de Cavarozzi) comenzaron a ceder (Ley Saenz Peña). Por el otro, el proceso de acumulación resultaba afectado cada tanto por crisis más o menos profundas causadas a su turno por perturbaciones internacionales y por el alto grado de dependencia de la actividad económica local respecto de la acumulación en los países centrales. Además, hacia los años '20 se agotó la posibilidad de expansión de la frontera agropecuaria. Así, en suma, las condiciones locales e internacionales que habían inducido la aceleración de la acumulación en el país bajo el impulso de la producción agropecuaria exportable tendieron a alterarse en las primeras décadas del siglo XX.

2. Industrialización sustitutiva de importaciones

La crisis mundial de 1930 que tuvo su epicentro en los países desarrollados implicó una caída abrupta de la demanda mundial de productos primarios y una interrupción de los flujos de inversión y créditos desde los países avanzados hacia los más atrasados como Argentina. Los núcleos más dinámicos de la acumulación de capital se desplazaron a partir de entonces hacia las actividades urbanas como la producción manufacturera sustitutiva. La llamada fase de "industrialización" recorrió a su vez dos subetapas.

a. Isi fácil (1930/55)

La crisis de 1930 generó un contexto completamente nuevo para la clase capitalista de los países periféricos al producir una abrupta y marcada contracción de las posibilidades de acumulación basadas en la exportación de productos mineros y/o primarios hacia las naciones más desarrolladas y en los negocios financieros, comerciales e industriales vinculados. En Argentina, esto se combinó con el creciente deterioro de la capacidad del empresariado para controlar el proceso político y social (divisiones en la oligarquía, movilización obrera).

Durante algo más de una década luego de la crisis el régimen político pudo mantenerse sin demasiados cambios mientras se implementaban diversas políticas estatales con el objetivo de reorientar el proceso de acumulación hacia la demanda interna de bienes (y proteger el nivel de empleo para evitar un descontrol de la situación social). Esta respuesta aceleró la industrialización sustitutiva en las ramas productoras de bienes de consumo de la industria liviana.

En un contexto en que la burguesía había ya agotado su capacidad para mantener su dominación social y control del Estado y en que no existía ninguna fuerza social antagónica capacitada para desplazarla del poder, adquirió un peso político determinante la burocracia militar-estatal. La intervención política directa de este sector, a través del golpe de 1943 y los gobiernos peronistas de 1946/55, permitió superar esta *impasse* porque, por un lado, dio continuidad al proceso de reorientación de la acumulación iniciado tras la crisis del '30 y, por el otro, gestó una nueva estructura política y social que (al menos en el corto plazo) logró evitar que la decadencia política de la gran burguesía se tradujera en una crisis capitalista más general. Así, por un lado, intensificó la formación y concentración geográfica del proletariado (condición necesaria, en ese estadio del desarrollo capitalista, para el progreso de la acumulación) y, por el otro, lo regimentó y disciplinó en el marco de una organización sindical dirigida desde el Estado.

Esta experiencia "populista" de los gobiernos peronistas de 1946/55 estaba marcada por esta ambigüedad; debía dar respuestas a las demandas de una clase obrera más numerosa y organizada sin contar para ello con la abundante renta del suelo y las divisas que la exportación había proporcionado hasta 1930, sin ingresos de capitales extranjeros que impulsasen la acumulación y la demanda de empleo y sin afectar de un modo radical los derechos de propiedad vigentes.

Así, el régimen emergente de estas restricciones basó su accionar en la captura ocasional de la rentabilidad extraordinaria de la burguesía agropecuaria por el Estado y su canalización en beneficio de un proceso simultáneo de acumulación en la industria (centrada en la producción para el mercado interno) y mejora de los salarios y los servicios sociales. Esto último, por su parte, alentó un proceso de relativa desconcentración de la producción industrial al permitir la expansión y supervivencia de un sector de la burguesía industrial altamente dependiente de la protección comercial y del mantenimiento del sistema de subsidios.

En este contexto avanzó la sustitución de importaciones de productos de la industria liviana, básicamente textiles, alimentos y bebidas. Estas actividades se caracterizaban por la sencillez de sus procesos productivos y las bajas escalas de producción. Dado que la divisas escaseaban debido al estancamiento de las exportaciones (y de los préstamos e inversiones del exterior), era necesario reducir al mínimo las importaciones. Es por ello que se conoce a este período como uno en que la economía estuvo "cerrada". La industrialización sustitutiva produjo un significativo ahorro neto de divisas hasta finales de la década del '40 (el ahorro de divisas derivado de la sustitución superaba al gasto de divisas asociado a la instalación de las nuevas fábricas con maquinaria e insumos importados).

Por otra parte, como la industria local no podía producir a costos tan bajos como los de los artículos importados, se imponían aranceles a la importación. Esto último, junto con el acceso a créditos y divisas subsidiadas (para la importación de insumos) y la fijación de precios máximos para algunos alimentos (para evitar el encarecimiento del consumo de los asalariados y por ende la elevación de los salarios) garantizaba cierta rentabilidad a los fabricantes. La contrapartida era una succión de ingresos de los capitalistas agropecuarios que recibían precios más bajos que los internacionales y pagaban precios más elevados por los bienes industriales que demandaban.

La coyuntura internacional jugó a favor de esta política porque durante la Segunda Guerra mundial y los años de la reconstrucción postbélica disminuyó la presión competitiva de las importaciones de bienes industriales provenientes de Europa Occidental.

Podría decirse que las políticas adoptadas a partir de mediados de los '40 tuvieron un significado contradictorio para la burguesía. Por un lado, el Estado y las relaciones sociales vigentes fueron rescatadas de la inevitable desintegración del llamado Estado oligárquico y de la crisis económica provocada por el colapso mundial de 1930. Más aún, las grandes empresas sacaron provecho de la expansión del mercado interno generada por aquellas políticas. Por el otro, la clase obrera había aumentado su participación en el ingreso agregado y contaba con una estructura sindical que defendía su presencia en la vida social y política y que terciaba decisivamente en la determinación de las condiciones de contratación de la mano de obra.

La burguesía fue extremando su oposición al peronismo a medida que sus costos (altos salarios, debilitamiento de la "disciplina" laboral, fortalecimiento del poder sindical, controles de precios, altos costos de producción como consecuencia de la elevada protección, alto gasto público, difícil acceso a bienes de capital y tecnología extranjeros) tendían a superar a sus beneficios (expansión de la demanda y su reserva para las empresas domésticas, subsidios financiados con renta del suelo y/o emisión, mantenimiento del movimiento obrero bajo el control del Estado).

El gobierno afrontó el agotamiento de su política en 1952 con un "cambio de rumbo" que recogía los principales reclamos de la burguesía; recomposición de las ganancias de la burguesía agraria, facilidades para el ingreso del capital extranjero, represión salarial y presión por elevar la productividad en la industria. Sin embargo, cuando la oposición del empresariado adquirió madurez en el plano político, Perón fue desalojado del poder.

b. Isi difícil (1955-1975)

Desde el punto de vista de la burguesía, en el período que se abrió con la caída del peronismo estaban claramente señalados aquellos terrenos en los que la recuperación de las ganancias y la acumulación debía producirse por medio de una **ruptura** con las políticas aplicadas en 1946/52 y aquellos en los que, al contrario, lo que se requería era una **profundización** del rumbo ya adoptado por Perón desde la crisis de 1952. En efecto, la burguesía;

(i) se propuso producir una **ruptura** en lo atinente a las funciones regulatorias y productivas que había asumido el Estado y que interferían en la formación y distribución de los beneficios. Muy especialmente, deseaba revertir los avances producidos en materia de legislación laboral y organización sindical.

(ii) por otro lado, sin embargo, prosiguió y **profundizó** la apertura al capital extranjero, demandada por la burguesía en general y otras políticas que favorecían a la burguesía agraria y que venían siendo implementadas por Perón desde principios de los '50. Argentina ingresó aceleradamente en estos años a la órbita de influencia económica y política de los EE.UU.

En suma, el proyecto de la burguesía tras el derrocamiento de Perón consistía en realizar las reformas sociales, económicas y políticas requeridas para radicalizar el "cambio de rumbo" iniciado por el propio Perón luego de la crisis de 1952.

La recomposición de los márgenes de rentabilidad debía provenir, por un lado, de una disminución de costos. Para ello era necesario remover la legislación laboral y la resistencia sindical sin lo cual las empresas no podían pasar a reorganizar las condiciones laborales (sustituyendo trabajo por capital) y elevar el rendimiento por obrero. Hubo también políticas cambiarias que implicaron un subsidio a la adquisición de bienes de capital y materias primas importadas. Por otro lado, la promulgación de una legislación más favorable al capital extranjero que la propuesta por Perón en 1953 apuntó a estimular el ingreso de inversiones, tecnología y créditos del exterior.

La concreción de este proyecto se basaba en una redistribución del ingreso en favor de la burguesía a través de un retroceso de los asalariados (y también de sectores subalternos de la burguesía industrial) y en la perspectiva de créditos, tecnología y nuevos negocios que el capital extranjero habría de poner en marcha. Adicionalmente, el Estado debía sanear sus cuentas (énfasis en el ajuste fiscal) para actuar como un polo de centralización del ahorro social y contribuir a la acumulación a través de la generación de subsidios y de inversiones públicas complementarias del proceso de acumulación privado. Una vez recuperado el control sobre la oferta de dinero (equilibrio fiscal) y los costos (salariales y de proveedores), la inflación disminuiría permitiendo con ello la formación de un mercado de capitales privados de donde provendría un estímulo adicional a la acumulación.

Así, la acumulación en la industria siguió avanzando; se desarrollaron ramas nuevas y se modernizaron algunas de las existentes en un proceso de inversión liderado nítidamente por las filiales de empresas extranjeras estadounidenses y europeas. El Estado acompañó este proceso otorgando subsidios y exenciones impositivas, desarrollando empresas públicas y realizando inversiones en infraestructura. Algunas grandes empresas industriales de capital nacional participaron en un papel secundario en esta expansión en sus negocios tradicionales, muchas veces al amparo de los subsidios y/o pedidos del Estado. En tanto, la burguesía agropecuaria tendió a perder peso en el bloque de poder aunque conservó cierta capacidad de veto gracias a su control sobre la oferta de divisas. Esto último, por su parte, le permitía desestabilizar políticamente a aquellos gobiernos que no respetaran sus intereses.

Las tendencias al aumento de la composición orgánica (sustitución de trabajo por capital), de la concentración y de la extranjerización fueron las principales características del proceso de acumulación en el período.

Los acontecimientos sociales, políticos y económicos salientes de este período estuvieron así marcados por los intentos de la burguesía por superar la resistencia y los obstáculos que trabaron la aplicación sistemática de su programa;

(i) la burguesía consiguió hacer retroceder al movimiento obrero en la segunda mitad de los años '50 pero no pudo evitar su recuperación durante los '60. La resistencia obrera y sindical por otra parte no fue, en ningún momento, desmantelada,

(ii) la burguesía carecía de un partido o grupo de partidos políticos a través de los cuales conquistar el poder en un contexto de elecciones libres. Su única vía de acceso al control del gobierno era la realización de golpes de Estado y la influencia y presión directas canalizadas extra-institucionalmente sobre el gobierno. Debía por ende tolerar la ocurrencia de experiencias de gobierno sobre cuyas orientaciones ejercía un control inorgánico y condicional pero que podía deponer movilizándolo a las fuerzas armadas. La reiteración de las experiencias de gobierno de facto, que se esforzaban por completar el desmantelamiento de las instituciones creadas durante el

peronismo, proscribir a esta fuerza política y avanzar en un programa económico que se basaba en la contracción del peso económico de los asalariados, estimularon una creciente movilización y polarización política,

(iii) controlando precaria e intermitentemente el Estado, la burguesía no siempre pudo orientar en su propio interés la política económica ni logró reestructurar el gasto público y la estructura impositiva en su exclusivo beneficio,

(iv) a partir de la expansión de las filiales de empresas transnacionales la burguesía se dividió. Se quebró así el consenso entre los grandes productores terratenientes y las grandes empresas industriales y comerciales extranjeras y nacionales respecto de algunos aspectos claves de la política económica,

(v) peor aún, el aporte efectivamente realizado por el capital extranjero en materia de nuevos fondos e inversiones resultó muy modesto. La existencia de elevados costos laborales, escasas reservas de mano de obra, fuerte organización sindical, mercado interno reducido y alta agitación política tendían a desestimular la llegada de capital del exterior. Así, a lo largo del período, la expansión de las filiales de corporaciones multinacionales ya instaladas tendió a entrar en conflicto con la de las fracciones locales de la burguesía.

(vi) El estancamiento de las exportaciones por un lado y la creciente dependencia de la producción e inversión domésticas respecto de las importaciones erigieron una "restricción externa" (escasez de divisas) al avance de la acumulación. La presencia de las filiales de empresas extranjeras acentuaba en lugar de aliviar esta restricción.

Los acontecimientos sociales producidos a fines de los años '60 (en Argentina y en muchos otros países) dieron lugar a un repliegue obligado de la burguesía local mientras el capital extranjero congeló sus inversiones. El peronismo pasó entonces al centro de la escena política. Su tarea consistía en restablecer las condiciones sociales y económicas básicas para la continuidad de la acumulación (recuperar la capacidad de arbitraje del Estado en la determinación de precios y salarios, es decir; en la distribución del ingreso, la capacidad de recaudación fiscal, la capacidad para orientar el comportamiento de las filiales de empresas extranjeras, etc.) que permitiesen al mismo tiempo poner un límite al ascenso y creciente radicalización de la conflictividad social. Cuando, en 1975, el peronismo se reveló incapaz de cumplir con ambas tareas la burguesía impulsó su desplazamiento a través de un golpe militar.

3. Período "neoliberal"

a. 1976-1990

El nuevo gobierno militar debía emprender dos tareas básicas. Por un lado, restablecer de inmediato la "paz social" y la autoridad de la burguesía y el Estado a través de la represión. Remover, por el otro, los obstáculos a la acumulación, en particular, en las siguientes tres esferas.

En primer lugar, los **márgenes** debían recuperarse como consecuencia de la disminución de los costos salariales (eliminación de controles de precios en un contexto de congelamiento salarial y aumentos de productividad no traspasados a salarios) y otros costos de producción (apertura comercial). Al logro del primer objetivo contribuían la represión al movimiento obrero y el apoyo de muchos de los dirigentes sindicales tradicionales del peronismo que se beneficiaban también de la eliminación de los activistas combativos que venían disputando la dirección de sus gremios. Una vez establecidas estas condiciones generales, los precios decididos por las empresas de mayor tamaño perderían todo efecto inflacionario, serían socialmente admitidos como un punto fijo sobre

cuya base serían luego determinados los restantes valores del vector de remuneraciones de la sociedad.

En segundo lugar, dar respuesta a la escasez endémica de **crédito** para la acumulación, esto es; permitir el acceso de la burguesía al crédito externo (disponible en grado creciente desde los años '60) e interno. Para acercar fondos del exterior se liberalizó el movimiento de capitales mientras que para canalizar el ahorro interno hacia la inversión privada se procedió a desregular el sistema financiero de modo que emergiera una tasa de interés positiva en términos reales.

En tercer lugar, concentrar los recursos **estatales** en el fomento de los negocios de la burguesía. Esto significaba continuar con las políticas de promoción y compras estatales en beneficio de las empresas de mayor tamaño y avanzar en la desestatización de empresas públicas.

Este programa tuvo una implementación accidentada a lo largo de todo el período. El régimen militar que gobernó entre 1976 y 1983 realizó un primer intento parcial. Durante estos años la burguesía no sólo recuperó el control del proceso social; su sector más encumbrado expandió además su poder; tuvo un acceso privilegiado al crédito **externo** en un contexto de aguda iliquidez **local** y relativo desinterés de las empresas extranjeras.

Sin embargo, la contrapartida de este proceso fue una crisis externa y fiscal que, entre 1981 y 1982, contribuyó a la descomposición del régimen militar obligándolo a una reversión parcial de su programa. Así, el gobierno debió restablecer la protección comercial debido a la escasez de divisas y reinstaló la regulación de las tasas de interés. Además, y pese a la represión, los militares no pudieron evitar la recuperación de las luchas obreras, que ponían en cuestión los elevados márgenes de ganancia que la política gubernamental había logrado establecer en 1976.

A decir verdad, el conjunto de la situación financiera internacional venía experimentando bruscos cambios desde finales de los '70. El crédito internacional tendía a escasear y encarecerse hasta que en 1982 México se declaró en cesación de pagos llevando con ello a una interrupción completa del ingreso de nuevos fondos. Los acreedores externos (bancos comerciales de los países desarrollados cuyos intereses representaba el FMI) exigieron desde entonces a los países deudores que abonaran los intereses con fondos obtenidos del comercio exterior y el ahorro público.

La economía operó en 1983/90 en un contexto de (i) escasez estructural (no coyuntural) de divisas derivada del elevado endeudamiento externo y de la incapacidad de la burguesía local para ampliar su participación en el comercio mundial, (ii) abultado déficit fiscal, consecuencia de la estatización de la deuda privada, del bajo nivel de actividad económica y de la captura del presupuesto público por parte de las grandes empresas proveedoras del Estado o subsidiadas por éste y (iii) presión social por revertir la depresión salarial heredada de la dictadura militar.

Estas condiciones presionaban sobre la inflación a través de diversos canales. La escasez de divisas lo hacía a través de la elevación del tipo de cambio; éste debía ser relativamente elevado para conseguir saldos positivos en la balanza comercial pero ello elevaba los precios domésticos de los productos transables y deprimía los salarios. Por otra parte, la presión sobre el tipo de cambio provenía también de la dolarización de los portafolios de las grandes empresas (tenían a transferir sus saldos líquidos a dólares). El déficit fiscal presionaba a través de la emisión que el Estado debía realizar para afrontar sus gastos (incluyendo las compras de divisas para pagar los intereses de la deuda externa). Las luchas obreras, por último, constituían una respuesta a la política estatal de basar su estrategia antiinflacionaria precisamente en la contención salarial.

Los variados intentos del gobierno por detener la inflación fijando el tipo de cambio, estableciendo acuerdos de precios y salarios y procurando aplicar políticas monetarias y fiscales restrictivas, fracasaron.

Fue en este contexto que los bancos acreedores, el gobierno de los EE.UU. y los organismos internacionales reintrodujeron la agenda de las "reformas estructurales", en especial a partir de 1986/7; apertura comercial, privatizaciones, ajuste fiscal (para garantizar los pagos de la deuda). La aplicación de este programa era presentada como prerequisite para la refinanciación de la deuda externa pública y, por lo tanto, como condición imprescindible para estabilizar los precios y relanzar la acumulación de capital.

Sin embargo, el gobierno constitucional que asumió en 1983 carecía de capacidad política para instrumentarlo debido a las posturas divergentes del empresariado doméstico (algunas temían perder privilegios y no estaban seguras de los beneficios del programa de reformas) y a la resistencia del movimiento obrero. Las condiciones requeridas para la aplicación de esa agenda sólo serían reunidas a principios de los años noventa.

En el plano interno, el gobierno radical se debatió entre dos alternativas que no podían ser simultáneamente atendidas en su totalidad; preservar las conquistas sociales y económicas de la burguesía obtenidas durante la dictadura militar (mantener los subsidios y negocios con el Estado y la estatización de deudas privadas, sostener la depresión de los costos laborales y la limitación de la legislación laboral, etc.) o dar satisfacción a las expectativas populares de recuperación de los salarios y los derechos laborales, el juicio y castigo a los represores, etc. Más aún, la propia burguesía estaba dividida respecto del rumbo económico a seguir y una parte de ella se resistía a aceptar el programa de reformas estructurales que impulsaban los acreedores externos.

En lo atinente a la evolución de la economía, puede decirse que los años 1983/89 fueron de inflación elevada y estancamiento económico. Las empresas invertían muy poco y tendían a fugar el capital (dolarización de cartera). El gobierno trataba de impedirlo estableciendo elevadas tasas de interés pero ello desalentaba aún más la inversión y el consumo. El gasto estatal, por su parte, en lugar de reforzar la demanda interna era canalizado en buena medida hacia las grandes empresas (a través de subsidios y pagos por obras) que fugaban el capital y hacia los acreedores de la deuda externa. Más aún, el gobierno encaraba sus dificultades fiscales (el bajo nivel de actividad sólo permitía una magra recaudación de impuestos) recortando la inversión pública y el gasto social (educación, salud, etc.).

b. 1991-2001

La situación económica mundial volvió a alterarse a principios de los años '90 con el restablecimiento del crédito externo y la revitalización de los flujos de inversión internacional.

Se articuló entonces en Argentina, por fin, una alianza entre la burguesía local y el capital extranjero (el gobierno de EE.UU., el FMI, etc.) para la aplicación del programa de "reformas estructurales" que había sido parcialmente implementado por primera vez en Argentina en 1976/81 pero que estaba siendo aplicado en toda América latina como condición requerida para la obtención de inversiones y créditos del exterior. Sus piezas centrales eran, igual que en los '70, la apertura comercial, la liberalización del movimiento de capitales, la desregulación de mercados y la privatización de empresas públicas.

El apoyo decidido del conjunto de la gran burguesía local al llamado "neoliberalismo" se explica, en algunos casos (burguesía agropecuaria, comercial y financiera), por la existencia de una identidad evidente de intereses con dichas políticas. En otros casos, sin embargo (grandes firmas proveedoras

del Estado o subsidiadas por éste) fue el resultado de un proceso por el cual, aquellas que perdían algunos privilegios (recorte de la protección comercial o de los subsidios, etc.) recibían algún tipo de compensación a través de otros elementos del mismo programa (acceso al crédito externo, a la propiedad de empresas públicas, etc.).

Con el objeto de brindar un marco conveniente de estabilidad cambiaria al renovado flujo de inversiones y créditos que debían llegar del exterior el gobierno estableció un régimen de convertibilidad del peso. El tipo de cambio nominal fue establecido en un nivel bajo en términos reales (apreciación cambiaria) lo que facilitaba el acceso de las empresas a los insumos, productos y equipos importados y estimulaba (aunque sólo a las más grandes) su endeudamiento en el exterior. Los déficit comerciales resultantes debían ser cubiertos, precisamente, con el ingreso de capitales del exterior.

La apreciación cambiaria y la apertura comercial alentaron el aumento de las importaciones, gran parte de las cuales competía con la producción local. Las grandes empresas sufrieron y a la vez promovieron este incremento de las importaciones al sustituir proveedores locales por extranjeros o, en muchos casos, al transformarse directamente en comercializadoras de productos importados. Muchas firmas medianas o pequeñas debieron cerrar lo que alimentó el aumento del desempleo, en alza ya como resultado de los despidos vinculados con el proceso de privatización.

Como contrapartida de este aumento de la competencia importada el Estado aplicó las llamadas "políticas de oferta" (flexibilización laboral, desregulación, apertura, eliminación de impuestos) que apuntaban a disminuir los costos.

Todo esto perturbó intensamente el mercado de trabajo, profundizando el debilitamiento del movimiento obrero. Al aumento sostenido del desempleo se sumó, en la última fase de la convertibilidad, la caída de los salarios (reales y nominales).

En 1991/94 la economía registró un déficit de cuenta corriente que fue cubierto por un abundante flujo de capitales del exterior, gran parte del cual correspondió a inversión extranjera orientada a las privatizaciones. Pero la coyuntura financiera internacional comenzó a revertirse hacia 1995. En 1997/8 se inició una seguidilla de crisis financieras internacionales que fueron cerrando el acceso a créditos del exterior. Esto tornaba cada vez más difícil o caro (riesgo país) el refinanciamiento de las deudas externas del gobierno y las empresas. El primero respondía aplicando una política fiscal cada vez más contractiva. Las firmas respondían vendiendo activos, cediendo participación accionara a acreedores o "socios estratégicos", disminuyendo inversiones y gastos (despidos), etc. La menor entrada de capitales se traducía directamente (convertibilidad) en una elevación de la tasa de interés interna; el gobierno y las compañías competían por el escaso crédito interno disponible. Todas estas fuerzas inducían un descenso del nivel de actividad económica.

A medida que se hacía evidente la imposibilidad de conseguir capitales externos para cubrir el déficit de cuenta corriente, crecían las expectativas de devaluación y por lo tanto la corrida hacia el dólar. Este proceso desembocó en la crisis económica y política de Diciembre de 2001 y en el abandono del régimen de convertibilidad, la devaluación del peso y la declaración de cesación de pagos de una parte de la deuda externa pública en el verano del 2002.

Puede decirse que la aplicación de las llamadas "reformas estructurales" resultó propicia en general para la expansión de la burguesía local hasta mediados de la década, gracias a su participación en las privatizaciones (en general asociada en posición minoritaria respecto del capital extranjero). Hacia mediados de los '90, sin embargo, cuando la tendencia expansiva del crédito externo se interrumpió y el proceso de privatizaciones comenzó a agotarse, la comunión de intereses entre la burguesía local y el capital extranjero se disipó. Se inició entonces una fase de expansión del capital

extranjero a costa de la burguesía doméstica en el marco de una intensificación de las operaciones de fusión y adquisición a nivel mundial. Como consecuencia de un doble proceso de agudización de la competencia y encarecimiento del crédito (en especial desde 1997) se verificó un aumento significativo de la extranjerización de las grandes empresas y un marcado retroceso de la burguesía local en la propiedad sobre los activos domésticos.

c. Desde 2002

En el verano del 2002 el gobierno declaró la cesación de pagos de una parte de su deuda externa y permitió la flotación del peso. Esto último condujo a una escalada ascendente del tipo de cambio que culminó hacia mediados de año. Los efectos inmediatos más importantes de la devaluación fueron los siguientes:

(i) se incrementaron los precios de los productos transables (agropecuarios e industriales) provocando con ello una caída abrupta del salario real y un aumento concomitante de las ganancias empresarias,

(ii) se agravó aún más la situación de las grandes empresas locales endeudadas con el exterior (pese a que muchas de ellas estaban registrando una mejora sustancial de sus ganancias operativas), lo que dio continuidad al proceso de extranjerización (en buena medida porque, en esta oportunidad, las deudas externas privadas no fueron estatizadas),

(iii) en un sentido inverso actuó la pesificación de las deudas con el sistema financiero local al tipo de cambio previo a la devaluación; esto implicó una licuación de su valor real,

(iv) el crédito desapareció por completo como consecuencia de la fuga de capitales (pese al "corralito" y "corralón")

En el segundo semestre se inició un proceso de recuperación que reposó en dos elementos. Por el lado de "la oferta", el elevado nivel de ganancias empresarias generado por la licuación de los costos salariales, el congelamiento de tarifas y los altos precios internacionales de los productos de exportación (que a su vez permiten al Estado cobrar retenciones y subsidiar a ciertas firmas). Por el lado de "la demanda", el "efecto riqueza" que experimentó la burguesía, poseedora de activos dolarizados y beneficiaria directa de la redistribución del ingreso provocada por la devaluación. Esto impulsó un aumento de la construcción al que se sumó luego la demanda de autos y bienes suntuarios. El turismo extranjero contribuyó.

Los límites de este proceso dependen de la continuidad de estos factores. Por un lado, las altas ganancias descansan en buena medida en el bajo nivel de los salarios y en la continuidad de la flexibilización laboral y dependen, por lo tanto, de la capacidad de la burguesía para perpetuar estas condiciones, bloqueando el ya evidente ascenso de las luchas reivindicativas del movimiento obrero. Por el otro, la actual coyuntura internacional (altos precios internacionales, baja tasa de interés) podría eventualmente alterarse en un sentido desfavorable para la acumulación local.

4. Síntesis y conclusiones

Pueden realizarse algunas observaciones de orden general basadas en un análisis de los tres tópicos que han sido definidos aquí como pilares de la evolución de la economía en el largo plazo.

a. Articulación de la economía argentina con el mercado mundial;

En el período **agroexportador**, los principales negocios reposaban en el comercio exterior (de exportación y también de importación) y el capital externo ocupaba un rol central en el proceso de acumulación y en su financiamiento. En la etapa de **sustitución de importaciones**, se planteó la siguiente contradicción; las esferas fundamentales de inversión se vinculaban con la demanda interna y por lo tanto no generaban divisas pero imponían una creciente necesidad de insumos y tecnología importados. Por otra parte, era muy limitada la disponibilidad de capitales extranjeros (de inversión y de crédito) para financiar esta brecha. En la etapa **neoliberal**, tienden a restaurarse los dos canales básicos de integración con el sistema económico mundial; crece el comercio exterior como porcentaje del pbi y crecen (en oleadas) el acceso al crédito y la inversión extranjeros.

b. Cambios en el contenido sectorial y en el liderazgo de la burguesía

Las primeras dos etapas se definen por la centralidad que adquieren ciertas actividades económicas en el proceso de acumulación. Cada etapa corresponde por consiguiente a una configuración específica de liderazgo empresarial. En la fase **agroexportadora**, en especial hasta la Primera Guerra Mundial, la clase dominante y el Estado eran liderados por la burguesía terrateniente y el capital británico. En el período de la **industrialización sustitutiva** el liderazgo empresarial se desplazó hacia las grandes empresas industriales y el capital norteamericano mientras la burguesía agropecuaria quedó en un lugar relativamente secundario. La era **neoliberal**, en cambio, se define directamente por el predominio de la gran burguesía en la gestión del Estado, más que por la orientación sectorial del proceso de acumulación. Con todo, desmontada en buena medida la protección comercial, los negocios más prósperos tienden a basarse en la explotación de recursos naturales (agricultura y agroindustria, hidrocarburos, minería, etc.). Como ya había ocurrido en el período anterior, fueron también importantes para el progreso del gran capital los negocios beneficiados por subsidios, regulaciones específicas u orientados a la demanda estatal.

c. Intensidad de la acumulación

En el período **agroexportador** la burguesía ejercía una amplia dominación social y política en lo interno. Este contexto *interno* "favorable a la acumulación", junto con la existencia de una demanda *externa* creciente de productos primarios, proporcionaron fuertes estímulos para la acumulación. Pero la inversión y el crecimiento del pbi tendieron a debilitarse en la etapa de la **industrialización sustitutiva** como consecuencia de dos factores. Por un lado, le costó a la burguesía restablecer un esquema estable de condiciones sociales y políticas favorables a la acumulación (retraso salarial respecto del crecimiento de la productividad, desarrollo de un mercado de capitales, control del aparato estatal, etc.). Por el otro, no abundaron ni fueron muy amplias las oportunidades para un crecimiento acelerado de la acumulación. La **era neoliberal** puede entenderse como aquella en que la gran burguesía se propone apuntalar y fortalecer su dominación social y política en crisis a través de la represión, el control excluyente del aparato estatal, la reformulación de la legislación laboral, el desmantelamiento de los sistemas de educación y salud pública, etc. Asimismo se ingresó en una nueva etapa de la economía mundial; por un lado, se intensificó la competencia (de las mercancías y los capitales extranjeros) y por el otro aumentó la disponibilidad (en oleadas) de crédito externo. En estas nuevas condiciones la acumulación sólo se vio impulsada en un número muy limitado de actividades vinculadas en general con la explotación de recursos naturales o al apoyo estatal. Por otra parte, el papel de las empresas de capital nacional no ha cesado de disminuir desde los '90 como consecuencia de la creciente participación del capital extranjero en la industria, la agricultura, los servicios y la construcción de infraestructura.